

columna

RAMÓN DÍAZ

Sus detractores podrán decir de EEUU lo que quieran, pero no que los norteamericanos viven explotados, que su gobierno sea tiránico o sus jueces marionetas

Antiimperialismo

Una semana atrás me ocupé de la imagen moral de los EEUU, mirando su desarrollo interno. Seguramente, el veredicto del observador no puede ser más que excelente. No sé si muchos lectores suscribirían el juicio con que el inglés Paul Johnson inicia su "Historia del Pueblo (Norte) Americano", a saber: "La Creación de los Estados Unidos de (Norte) América es la mayor de todas las aventuras humanas". Pero, aún entre quienes se rehúsen a dar ese gran salto, la sentencia no puede dejar desfavorable. Sin embargo, desde diversos ángulos son notorias las manifestaciones de reprobación y odio contra ellos. Bin Laden los ve como la encarnación de Lucifer; Fidel Castro, como el gran explotador del pueblo latinoamericano; Hugo Chávez los divisa como una bestia velluda y maloliente, consagrada a la causa del mal. Pero sus detractores nunca sostienen que el pueblo norteamericano viva explotado, que sus gobiernos sean despóticos, ni que sus jueces sean hechuras de la Presidencia. Sin excepción, los vituperios van dirigidos a un diabólico personaje que, esencialmente, desempeña un concreto papel, el de "imperialista". Su causa consistente en mantener a los pobres del mundo en la miseria para que los capitalistas medren, y puedan pagar a sus trabajadores copiosos salarios. Pero al imperialismo no se puede jugar en solitario. Si hay imperio, tiene que haber también colonias, o algún equivalente político caracterizado por la sumisión. Esto nos orienta en la visión de los EEUU rodeado de otros países, o de territorios ajenos, para mayor generalidad, que ya anunciábamos hace una semana como la segunda parte de nuestras intenciones.

Desde la antigüedad asistimos a una gran variedad en cuanto a la relación de las potencias imperiales con los territorios subordinados, en cuanto al origen y natu-



raleza de la subordinación, en cuanto a las consecuencias económicas de la soberanía imperial, y diversos otros aspectos. En algunos casos la relación imperial abarca una gran separación geográfica entre la metrópoli y las colonias, en otras, opera a través de la contigüidad. A veces, la cultura, de uno y otro lado del vínculo, difiere radicalmente, y otro tanto ocurre con la raza y la lengua. Las diferencias tienden a disiparse con el tiempo y el trato recíproco, en ciertas relaciones imperiales, mientras persisten en otras. El vocablo "colonialismo" es una subespecie de imperio aplicable cuando hay una metrópoli distante de los territorios sometidos, mientras "expansionismo" se emplea cuando la relación se establece en un ámbito compacto.

Es innegable que, durante el siglo XIX, hubo sectores de opinión que exhibieron una vocación

por el expansionismo. Particularmente, antes de la Guerra de Secesión (1861-65), cuando la mayoría del Senado, integrado a dos legisladores por Estado, podía decidir si se proscribiría o no la esclavitud. La situación, pocos años antes de estallar la guerra, era de empate, y los del sur exploraban ávidamente la perspectiva de suscitar nuevos posibles estados que prometiesen ser esclavistas. La demografía influía asimismo en la dirección del expansionismo. Parece extraño, cuando los EEUU nacieron con dos millones de habitantes y vastas extensiones salvajes. Pero a fines del siglo XVIII, un cuarto de siglo más tarde, la población se había casi triplicado, en 1820, quintuplicado, y en la víspera de la Guerra de Secesión (1860) había superado los 30 millones. De cualquier manera, a los norteamericanos el apetito por más tierra se les despertó muy

pronto, ya que en 1803 compraron a la Francia napoleónica sus gigantescas posesiones en nuestro continente; solo pobladas en su extremo sur, donde están Nueva Orleans y Baton Rouge, pero que se expandían por las llanuras centrales de los EEUU de hoy, entonces salvajes, hasta la frontera con Canadá. Por esta operación (Louisiana Purchase) pagaron US\$ 15 millones, unos US\$ 300 millones de la actualidad, y duplicaron el territorio del país.

¿Llamáramos a eso imperialismo? No parece razonable. Sin gente discriminada frente a la de la metrópoli, sin imposición de un régimen legal ajeno, en cuya reforma los destinatarios no pueda intervenir, los deméritos que suelen derivarse del imperialismo no pueden regir. Sin siquiera un acto de poder en el origen, como es el

Bin Laden los ve como la encarnación de Lucifer. Fidel como el gran explotador del pueblo latinoamericano

caso de los purchases, vale la pena agregar; porque al método comercial de expandir el territorio se recurrió reiteradamente. En 1853 los EEUU le compraron a México una extensión de tierra escasamente poblada (Gadsden Purchase) a fin de que el ferrocarril transcontinental que estaban construyendo no tuviese que atravesar territorios foráneos; pagaron US\$ 10 millones (unos US\$ 200 millones de la actualidad) por una superficie equivalente a 2/3 de la de Uruguay. Por Alaska pagaron US\$ 7,2 millones, a Rusia, en 1866. Algunos pensaron que era muy caro, pero el descubrimiento de oro en el Yukon dejó la cuenta saldada para el presidente Andrew Jonson, sucesor inmediato de Lincoln.

Habría varios capítulos intere-

santes que me veo obligado a obviar por falta de espacio: la guerra con México hacia el medio siglo XIX, la guerra con España, a fines de esa centuria. En ambos debería asignarse algún peso al afán imperialista. Los que lo personificaban tenían una teoría para justificarse —el "destino manifiesto"— algo así como el equivalente de la teoría del "espacio vital" para los expansionismos alemán y japonés algo más tarde. Pero con grandes diferencias. Los cubanos querían que los norteamericanos interviniesen en su ayuda, que fuesen sus libertadores. En el episodio de Texas, preludio de la guerra mexicana, la población de aquella región era tres cuartos norteamericana. Hacia 1850 EEUU era un imán para la inmigración y su población crecía a 3% anual (apenas menos que Uruguay y Argentina). El políticamente inestable México, con un incremento del 1%, mostraba el crecimiento poblacional menor de toda América Latina. Si separamos por una membrana porosa dos soluciones de distinta densidad, el solvente va atravesar la membrana hasta que las densidades se igualen. En física ese es el equivalente del destino manifiesto, en sus aspectos más claramente válidos, como que en Texas pasó lo que tenía que pasar.

Reconozco que mi exposición deja algunos hilos sueltos, que querría ordenar. Pido excusas al lector por persistir en el tema más de lo anunciado, pero realmente no puedo proponer una conclusión sin tratar algunos puntos más, sobre todo la cuestión de cómo actúa en resumen la presencia norteamericana entre nosotros: ¿Es una fuente de oportunidades que enriquece a quienes se vinculan a él por el comercio y la inversión, o será un parásito que le chupa la sangre a los más pobres? Ese, de hecho, es el perfil del imperialista de Lenin, y sería impensable dejar de decir algo al respecto.